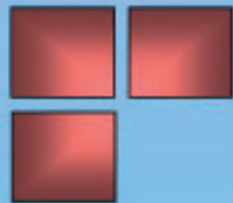




La mujer de la bolsa

Walter Gustavo Telesca



Telesca, Walter Gustavo.

La mujer de la bolsa. -2ª Ed. Buenos Aires, Argentina: wgt ediciones; 2010. 96p; 14x20cm

ISBN 978-987-05-5212-3

1.Relatos. I La mujer de la bolsa. Título CDD A863



www.wgt-ediciones.com

www.wgtediciones.com

3970-2130 - 1559228829

Diseño de tapa e interiores wgt comunicaciones. www.wgtcomunicaciones.com

La imagen de tapa corresponde a la obra "Espera azul".
Acrílico sobre tela, del artista plástico Luis Alberto Cadelli.

Primera edición: Octubre 2008. © Walter Gustavo Telesca.

Segunda Edición: Abril 2010. © wgt ediciones

"Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723"

La mujer de la bolsa

Walter Gustavo Telesca

A mis padres y a mis hijos,
pilares que sustentan y equilibran mi vida.

Prólogo.

Cierta vez, un famoso arquitecto dijo que el perfil de las ciudades no es otra cosa que la morfología del carácter de sus habitantes.

Nada más certero que esa expresión para saber que el carácter que dibuja un perfil propio termina constituyendo un molde para un grupo de gente. Ésto es lo que podríamos denominar como un estereotipo, es decir, la posesión de características similares a otros por las cuales nos sentimos identificados o incluidos en una determinada especie.

De esto se trata este libro, de ese juego de búsqueda de las similitudes y semejanzas, invocando un nexo entre los mitos y algunas realidades de las personalidades ciudadanas que habitan en nuestras tierras y que pasan desapercibidas a los ojos habituales. No creo que exista alguien, al que alguna vez, no se lo haya incluido dentro de algún grupo que lo identificara, aunque más no sea como formando parte de aquellos a quienes nadie los incluyó en ningún lado.

En esa búsqueda queda plasmada la curiosidad y observación, de aquellas costumbres que ya no están arraigadas en nuestras vidas, de las tradiciones que se han adquirido con el correr de los años, de las características típicas de algunos de los distintos personajes urbanos que habitan esta ciudad y de las distintas profesiones que se hallan presente en la sociedad.

Con estas crónicas y sin ánimo de quedar afuera del sistema, encontré una identificación con el grupo de aquellos que para sentirse plenos necesitan de la triada libro-árbol-hijo. Y para honrar ese viejo adagio es que tuve la idea de tener este libro, luego de haber escrito un árbol y dejar plantado a mis hijos.

El autor

Negros, eran los criollos.

En los tiempos de la colonia, en nuestro país existía un alto porcentaje de población negra. Y hasta me animaría a decir, que eran mayor cantidad que los blancos españoles dominantes o mestizos que habitaban estos páramos.

Existieron varias causas que provocaron su desaparición. Pero quizás una de las principales sea la de haberlos enviado a la realización de misiones de alto riesgo en nombre de las tropas anti-españolas, (no vaya a ser cosa que liberáramos a estas tierras mandando al frente a gente de color blanco) que daba como resultado el regreso de sólo unos pocos, de los miles, que habían quedado en el camino.

Otra de las razones de la extinción fue la importación. ¡Si... como lo lee...! La importación. Y es que el racismo europeo había sido traído desde el viejo continente, en lo que se conoce como una de las primeras transacciones culturales realizadas en nuestras tierras.

Pero tal vez sean otros los motivos y yo solamente sea un mal pensador de la historia... (es posible). Lo cierto, es que, negros ya no hay... y no es actual el problema.

Cuando mi niñez estaba en su esplendor (allá por la década del setenta) y en un acto escolar, había que representar a los vendedores de velas, que generalmente eran de color, (negro, por supuesto... no iban a ser amarillos) al protagonista le embadurnaban la cara con corcho quemado, a modo de crema Ponds económica, para simular un tono oscuro que ningún chico tenía... porque los reales morochos ya se habían extinguido. (De no ser así, obviamente, el papel lo hubiese representado un sucesor directo del vendedor de velas.)

Ahora bien, si bien es cierto que ya no hay negros en nuestro país, parece ser que ya no hay negros “argentinos”, porque existen otros con acentos raros y con aspectos decididamente extraños.

Los nuevos negros aparecen en muchas calles de la ciudad de Bs. As., sobre todo en aquellas de mayor afluencia de gente: salidas de universidades, estaciones de transporte público, plazas, etc. Y ahora verán porqué.

Estos morochos no son descendientes directo de los viejos negros criollos que sostenían a los gritos “¡Vendo Velas!”, y se nota por su acento, porque parecen ser herederos directos de la familia Marley (la de Bob, no la del conductor de televisión) o parientes cercanos de Kunta Kinte. (para aquellos que no se acuerdan el personaje negro de una miniserie de esclavos)

Sin embargo, estos herederos de las tradiciones autóctonas mestizas, parecen no haberse enterado que existen otras profesiones, ya que siguen con la costumbre ancestral de seguir siendo vendedores ambulantes, pero esta vez de distintos productos. (Porque velas no le venderían a nadie.)

Han pasado muchos años desde aquellos vendedores de cebo argentino y los hombres de color negro han resurgido como el ave fénix de entre las cenizas, con sus maletines que contienen bijouterie barata, manteniendo las tradiciones de su raza.

Todo esto, hace pensar que la historia es cíclica y que el pasado siempre vuelve, salvo, claro está, por el detalle minúsculo que, antes los morochos con una fuerte y hombruna voz gritaban a los cuatro vientos “¡Vendo velas!”, mientras que los actuales con una voz mucho más pausada, y tímida (y a veces inentendible) te dicen al pasar: “shico alguna puucerita para tu shica”.

Se desconoce el origen de estos morochos que caminan las calles vestidos con colores vivos, lo que sí se puede descubrir es que los que no hablan con acento centro americano, lo hacen en dialectos africanos y se reúnen en mezquitas musulmanas, por lo que se deduce que, efectivamente no son nacidos en San Telmo.

Es ésta sutil diferencia, la que marca el paso del tiempo y aunque algunos quieran demostrar que estos negros vienen a reemplazar a los que extinguimos, (sí, sí, los extinguimos, no se haga el distraído) seguiré insistiendo en que negros eran los de antes... los nuestros... los criollos... esos que iban a luchar descalzos y después caminaban vendiendo velas como si se hubiesen despertado de la siesta, y no los actuales, que con toda la onda rapera de los Estados Unidos del Harlem caminan un par de cuadras con el maletín de chucherías y ya se los ve transpirando la gota negra.. (¿O era la gota gorda?...).

La economía hace agua

Tanto el hombre como el planeta, que paradójicamente se llama tierra, están compuestos por mayor porcentaje de líquido que de masa. Por eso no parece descabellado ni raro, escuchar a la gente, efectuar relaciones lingüísticas entre temas mundanos o cotidianos de la rutina diaria y aquellos que tengan que ver con un mundo acuático.

Debería ser natural que hablásemos de agua en todo momento. Sin embargo no lo es y si siguiéramos avanzando con estas analogías, estaríamos en presencia de nuevos idiomas o dialectos que sólo un avezado navegante podría entender.

Si analizamos algunas frases comunes encontraremos términos que significan una cosa pero quieren decir otra muy distinta, o que representan algo que nada tienen que ver con su origen.

Para entender algo más de lo que estoy hablando y empezar con las ejemplificaciones, tenemos que “salir a flote” con la charla.

Tal como lo marca la expresión elegida, “salir a flote” es encontrar la superficie para poder respirar. La frase hace alusión a encontrar una solución de un problema acuciante. (Se debe tomar aire para continuar) Por lo que en el ejemplo resultaría así: como el lector (o sea usted) no estaba entendiendo nada de lo que hablaba el autor (o sea yo), tuve que buscar una solución a lo inentendible y ampliar la explicación. O sea “salí a flote”.

Por el contrario a lo anterior, “estar hundido” es no lograr la estabilidad necesaria que nos permita tener un “tanque de oxígeno” para permitirnos una toma de aire y descansar de la situación que originó el hundimiento.

El tema se profundiza si de dinero se trata, ya que habrá que conseguir “la liquidez” necesaria para cubrir alguna deuda. Y en este sentido “irse a pique” tiene el significado social de estar quebrado económicamente y de terminar en una escala social menor a la que se poseía por la pérdida de valores económicos o materiales.

En otro orden de cosas, cuando se habla de “estar sin rumbo” se hace referencia a la falta de una brújula (necesaria en toda embarcación) que nos guíe en cualquier camino que la vida nos plantee. Aquí también aparece la expresión: “como barco a la deriva”, si bien no es una relación directa se alude a la situación de estar perdido en el medio del mar sin poder determinar el horizonte que la vida le muestra. Generalmente en esta posición se hallan las personas que transitan la adolescencia, etapa más que conflictiva para encontrar una perspectiva.

Pero... , a ver, para que el lector obtenga una muestra más acabada de lo que acabo de decir voy a describir con un diálogo una situación que podría darse en cualquier bar de la ciudad de Buenos Aires con cualquiera de nuestro amigos.

—¿Qué haces Tito?

—Acá estoy, Cacho, después de hundirme con el negocio, estoy como el “Titanic”: sin tesoro, partido en dos y abajo del agua.

—No te hagas drama, ya vas a encontrar alguien que te tire un salvavidas.

—Pero que sea rápido, porque se me acabó el oxígeno y tengo el snorkel tapado.

—Bueno pero no te tomes las cosas de esa forma, no puedes nadar en contra de la corriente.

—No, pero con el bote que me quedó, tampoco quiero internarme aguas adentro, porque en la primera tormenta me hundo nuevamente.

Como podrá observar nuestro querido lector, la charla podría extenderse mucho más pero como muestra basta un botón (decía mi abuela que era costurera) y la idea ya está explicada.

Espero que haya sido de utilidad esta descripción de frases relacionadas con lo acuático (y si no lo fue... lo siento, pero es la única aclaración que puedo darle.) y para terminar con el tema, solo me resta decirles: hasta la próxima y que “les garue finito”.

Hablando de fútbol

En estos tiempos postmodernos en los que vivimos, el deporte se ha convertido en una empresa sumamente rentable. Ésto debido a su influencia lograda por la ampliación territorial a todo el planeta. Así, se ha transformado en la tercera actividad —después del tráfico de drogas y de armas— que mayor cantidad de dinero mueve en el mundo entero. (Con esto no quiero comparar una actividad tan legal con la práctica deportiva.)

Dentro de los deportes el fútbol es uno de los deportes que tiene mayor convocatoria de gente. Su capacidad de congregación no se resigna a perder espacio, y es uno de los deportes más vistos en nuestro país y el mundo y el de mayor importancia en popularidad.

Es pasión de multitudes y por eso es difícil encontrar a alguien que desconozca particularidades del deporte o del vocabulario relacionado con dicha actividad. De esta forma, caminando por las calles de cualquier ciudad de nuestro país, podremos escuchar en una conversación entre amigos, la costumbre de relacionar alguna cotidianidad con términos futbolísticos.

Así encontraremos que, ante alguna situación de aparente anormalidad, cuando se quiere decir a un amigo “tranquilízate” se le dirá: “pará la pelota”, (con el agregado de “hermano”, de acuerdo a la confianza que se le tenga), como sinónimo de esperar un lapso de tiempo para analizar la situación.

Todos aquellos que conozcan las reglas del fútbol, (y para los que no saben, aprendan) sabrán que, a la jugada desarrollada desde la partida de un pase largo a un delantero que se encuentre delante del último defensor, se sancionará como “offside” o en castellano “fuera de juego”. Esta situación será análoga en la vida, en el sentido de ser dejado de lado en alguna circunstancia. Por mencionar un ejemplo mundano: en un supuesto “avance” a una señorita con el ánimo de irse acompañado y ante el rechazo de la misma, los amigos del protagonista le dirán “quedaste fuera de juego” haciendo referencia a la jugada mencionada. O también “te sacaron la roja” como alusión a que fue sacado del área de juego.

Otra relación con el idioma deportivo se presenta en aquellas personas que son consideradas distintas al resto de los mortales, por padecer de alguna enfermedad psíquica. (No es discriminación, es simplemente un reflejo de lo que sucede en cualquier bar) A estos, la jerga callejera los señalará con la frase: “le falta un jugador” o “Salió con los suplentes y le echaron uno” en alusión al equipo que, con un jugador menos no puede desplegar todo su potencial deportivo.

En otras situaciones también se puede escuchar la frase: “juega en inferiores” y se utiliza en ocasiones en que se habla de alguien que pretende ser más pretencioso de lo que puede. (o como diría mi tía Elisa “no le da el cuero”) En razón de esto, la frase quiere decir que no está a la altura de las circunstancias que lo rodean.

“Tapones de punta”: la frase corresponde a una actitud ofensiva y violenta por parte de un jugador hacia algún oponente, mediante un foul, o una infracción o falta –para decirlo en castellano-. Dicha frase se toma como analogía en la vida cotidiana al referirse a la actitud de alguien que discute violentamente con otra persona y que sus acciones contienen una actitud desafiante.

En otro sentido, cuando le responden a alguien de una manera hiriente o con alguna indirecta que lastima delante de un tercero, éste comentará posteriormente “como te agujereó la red” o la variante más chabacana: “como te la mandó a guardar” aludiendo a que el rival realizó un tiro de gol con mucha potencia y puntería.

En fin... son muchas las frases... y para ser franco no me acuerdo ninguna más. Razón por la cual, termino este relato “dejándosela picando” al lector para que piense de mi lo que quiera... ¿Qué centro que te puse hermano?

(Bueno, al final recordé dos más... pero se me fueron las ganas de seguir escribiendo y pude “gambetear” la explicación.)

Los porteros de edificios

Con la misma admiración que impone una investidura real, los porteros de los edificios, saludan a los propietarios de los departamentos, como si se tratasen de esclavos temerosos que ante el menor signo de falta de respeto pudieran ser azotados por sus dueños.

Pero atención, que esto sucede sólo con los dueños, ya que estos personajes urbanos (que se hacen llamar encargados, porque no son porteros) no tienen el mismo interés al saludar a alguien que, por esas cosas de la vida no llegó a comprar un departamento y tuvo que terminar alquilando. En este caso el saludo pasa a ser una cosa hosca y ciega. Y digo ciega porque generalmente el seco “Buen día” no va acompañado por una mirada, sino que con cierto desprecio lo mira de reojos, manteniendo la vista en el frente como vigilando atentamente la puerta de acceso, demostrando así, poca importancia hacia quien saludó.

Estos jefes de la franela, son los encomendados de trasladar bolsas de residuos ajenas, lustrar los manijones y espantar a los más pequeños del hall de acceso, además de otras tareas, y no logran asimilar la idea de que no son ellos los verdaderos dueños del edificio.

Esta confusión les llega desde que los dueños de departamentos vacíos les delegan la responsabilidad de alquilar y cuidar las instalaciones, como si lo fueran ellos los poderosos. Esto hace que en cuanto aparezca un interesado que llega para vivir en su territorio, lo trate como al león adversario que viene en búsqueda de alguna hembra de la manada.

El comportamiento de estos sujetos de carácter especial, se torna interesante a la hora del anochecer, y es porque, como quien va a una noche de gala, preparan su mejor traje para pararse en la puerta del edificio. Sólo para eso... para pararse en la vereda.

Así vigilarán todos los movimientos de la cuadra, enterándose de cómo el verdulero se tiro un lance con la vecina viuda de enfrente o que el quinielero desapareció porqué le debe el primer premio al gallego del bar de la esquina.

Su mirada (a veces libidinosa) se posará en todas las adolescentes que pasan por la cuadra pero manteniendo el respeto necesario hasta averiguar, de quien es hija la potencial modelo. Una vez cerciorado de que no es familiar de ningún propietario conocido, desparramará comentarios con algún vecino de confianza en relación a los atributos de la chica, sin temer conflicto alguno.

Parado en la puerta y con traje puesto, conversará mientras sacude en sus manos un manojo de llaves, que señalarán simbólicamente que él tiene acceso a todo el edificio, incluyendo a esos cuartos secretos para los propietarios, lugares, donde nunca podrán entrar sin su compañía, demostrando así que el poder no lo tienen los dueños, sino él.

El portero del edificio respetará a rajatabla el acceso de servicio para las personas de segunda, que en este caso serán, por ejemplo: el fumigador, el personal de servicio de los distintos departamentos, los técnicos de los distintos servicios: ascensores, cables, gas y otros. Pero jamás se lo verá a él mismo acceder por esa puerta, porque como dueño de las aberturas entrará por la principal. “O para que me la paso lustrándola todo el día”, justificará en algún momento.

Nunca estará en su ánimo descartar una propina, por injusta que ésta sea. El orgullo de decir que no, está ausente en él. Por el contrario dirá que es una paga extra por el buen desempeño de su trabajo y bien merecida que se la tiene. Si de recibir cosas gratis se trata, es un experto: Diarios del día, muebles usados, ropa casi nueva, y otros elementos de la casa siempre encontrarán un buen descanso en su departamento, que como todos sabemos, tampoco es propio, ya que el consorcio se lo entrega cuando lo contrata, haciéndose cargo de todos los impuestos.

En fin... gente afortunada esta raza, que todo el dinero, merecidamente ganado, le queda neto en el bolsillo y además gana en propinas. Es por este motivo que llegan a tener casas de campo, o de fin de semana, que se convertirán en vivienda permanente cuando se retiren definitivamente de su feudo de franela.

Por todo esto cuando alguien desconocido pregunta por un departamento en alquiler, con la mirada soberbia de quien se cree superior por ser propietario de casa de campo, lo interroga como para enterarse de antemano ¿Quién es el sospechoso pobretón que viene a alquilar el cuarto A?

La vecina

¿Quién no ha tenido alguna vez una vecina extremadamente curiosa? ¿Qué características tiene este sórdido personaje barrial que acecha a los desprevenidos que, por descarga emocional han caído en su trampa contándole una infidencia?

Todos en algún momento nos hemos encontrado en la situación de mudarnos a un nuevo barrio, desconociendo a quienes serían las personas que vivirían junto a nuestra casa...

Dicho desconocimiento durará hasta el mismo día de instalarnos en la nueva casa, porque en ese momento nos toparemos con la vecina de localización no identificada que se presentará como la delegada barrial y encargada de hacerse ver ante el nuevo integrante de la cuadra.

Esta señora, generalmente de formas regordetas y con ropa de muy baja confección, lleva en la cabeza una red que sujeta una milenaria colección de rúleros, que jamás se sacará. Habla permanentemente sin dejar que uno meta un bocado de vez en cuando, y mientras intenta por todos los medios, averiguar si uno es casado o no y con cuántas personas vivirá, disimula su intromisión ofreciéndose “para cualquier cosa que necesite”, yéndose hacia atrás mientras espía por detrás de nuestra espalda para poder lograr algún testimonio visual que sirva como corroboración a nuestra historia.

Jamás podremos determinar a qué hora come o duerme, porque siempre la veremos en la ventana, tratando de averiguar todos los movimientos de los habitantes del barrio, a quienes seguramente identificará según su cronograma horario.

Preocupándose por obtener la mayor cantidad de datos posibles que puedan sustentar sus hipótesis de conflictos familiares, nunca podrá establecer una amistad con alguien, ya que su afán de entrometerse en la vida privada de las personas la alejará de las relaciones sociales y la mantendrán en una solitaria convivencia con todos.

Tiene como herramientas de ataque, una soberbia forma de “meter

púa” (como decían en mi barrio, en la época del tocadiscos) entre los mismos vecinos, para lograr rencillas que le sirvan y la nutran de futuras charlas, que empezará por ejemplo, diciendo: ¿”Vio don Roque lo que le pasó a la hija de la de mitad de cuadra?”

Su mayor momento de esplendor y de aprovechamiento de su estrategia de investigación es por la mañana en el trayecto programado de compras. Al llegar a la carnicería, ya habrá pensado cual será la pregunta que le hará a la vecina de la esquina, que siempre compra a la misma hora y que servirá para meter cizaña con la que vive enfrente, con la cual tuvo un cambio de palabras hace un tiempo atrás y rencorosa como es, tratará de dejarla mal parada ante sus conciudadanas.

Con su bata, inexpugnable a las lavadas, y sus bolsillos llenos de migas de pan (restos de los pedazos que come mientras mira por la ventana) la vecina siempre tendrá la excusa perfecta para tocar el timbre y meterse sin permiso en casa ajena con el afán de averiguar lo que se dice en el barrio.

En el centro mismo de su familia la aborrecen. A sus cínicos comentarios de porqué el vecino de enfrente llega tan tarde, su marido contestará: “No me importa lo que hagan los demás y correte de la ventana que te van a ver”, demostrando que la embestida en contra de sus cercanos no tiene acogida familiar.

Por su parte el hijo, nunca estará en casa y al encontrarse con otras vecinas de su madre se sonrojará diciendo: “no le haga caso, ya vio como es mamá...” tratando de justificar así alguna inoportuna charlatanería de su progenitora para con alguna de ellas.

En fin,... existen muchas personas en una cuadra de barrio de las cuales hay que cuidarse, pero la estrategia de defensa que hay que tomar para no ser atacado por “la vecina”, sobrepasa cualquier forma de cuidados y sobre todo si uno es un inocente hablador de su vida.